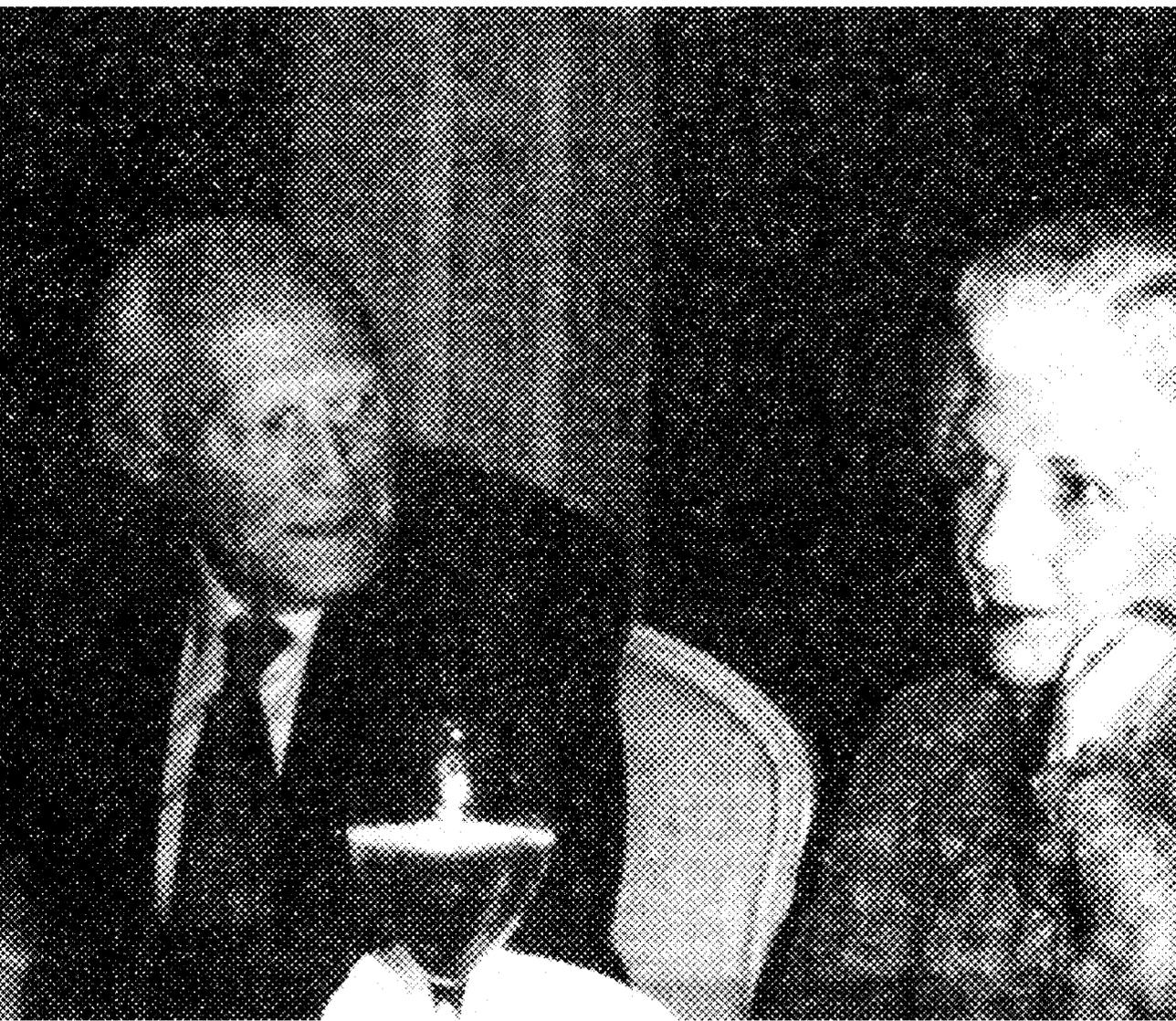


PATRICIO P. ESCOBAL

Las sacas

Edición de M.^a TERESA GONZÁLEZ DE GARAY
CON TRES ESTUDIOS DE M.^a TERESA GONZÁLEZ DE GARAY,
PÍO GARCÍA y JESÚS VICENTE AGUIRRE



DOS PALABRAS DEL EDITOR
(PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN CASTELLANA)

Puedo y quiero hablar dos palabras sobre el libro *Las sacas*, de Patricio P. Escobal. Puedo porque soy el editor que publica por primera vez en español este documento vivo y vigente sobre la Guerra Civil española; quiero porque soy una de las víctimas de tan atroz confrontación, como lo fue mi padre, y como lo son el millón de muertos y los miles y miles de heridos, encarcelados, y los refugiados por el mundo entero.

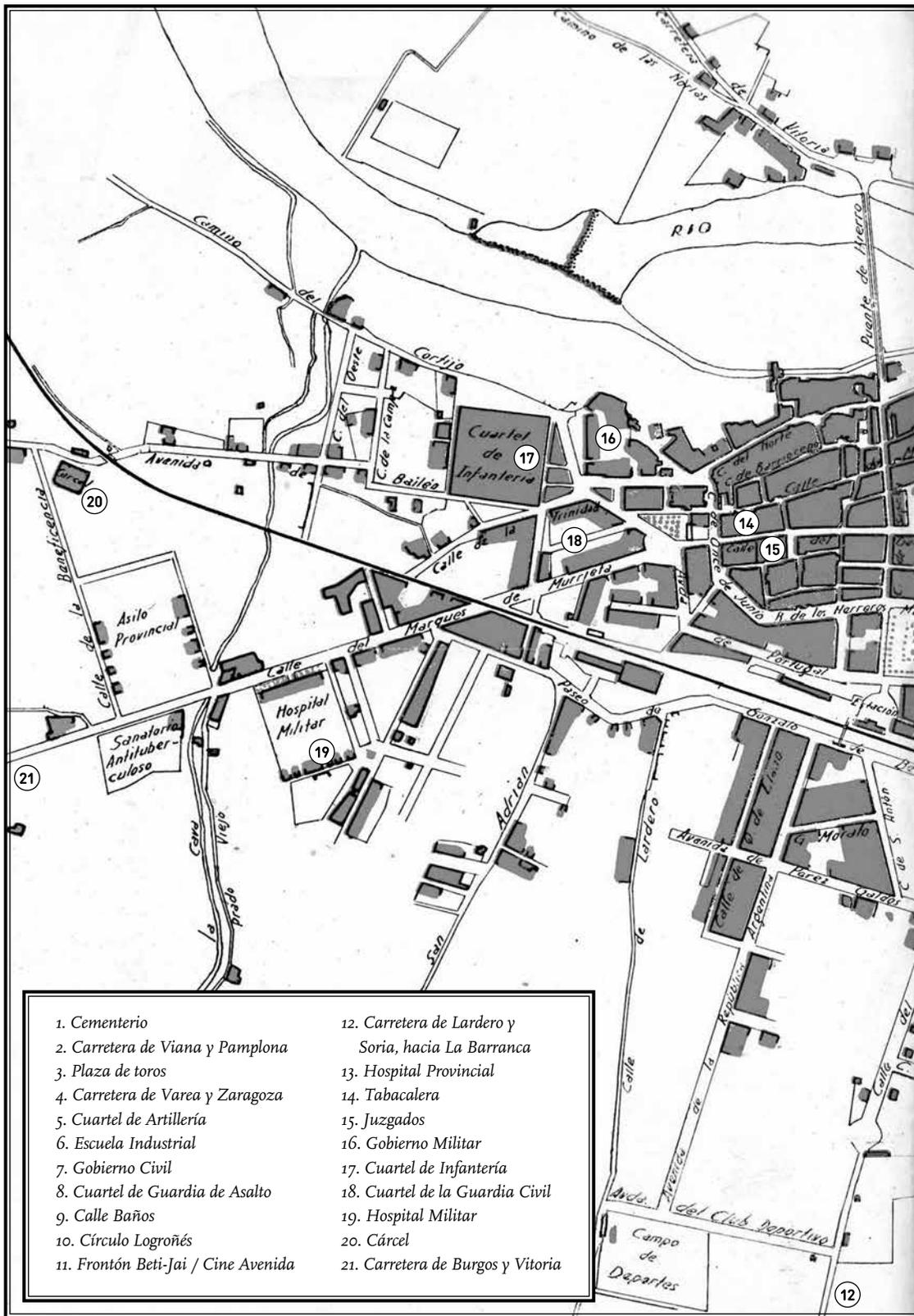
Se han escrito cientos de libros sobre este tema, pero este tiene la autenticidad de lo vivido. Patricio P. Escobal es una de las víctimas: condenado a pena de muerte por los vencedores, pudo escapar con vida, no sin antes haber vivido por cuatro años el terror de las cárceles del sistema nacionalista.

Paso a paso describe el ambiente que dio paso a la guerra, el inicio de ella, la persecución, los fusilamientos, las cárceles, la espera de la muerte, la vida diaria con el hilo delgado de la muerte encima. Caras y hombres, vencedores y vencidos, figuras humanas que juegan a matar o juegan a sobrevivir. Horror y miedo, pasión maldecida, tragedia viva, que duele porque la humanidad se embrutece y corta las vidas de los seres vivientes y las ilusiones que los llenan, como se cortan los pinos o las yerbas de los campos.

Entrar en Las sacas, como se les llamaba a la selección y partida para los fusilamientos, es entrar en el infierno mismo. Patricio P. Escobal lo cuenta todo: los seres con nombre que esperan la muerte, sus adentros, su vivir muriendo, su agonía y las otras agonías, el dejo amargo de la muerte que se presiente y se mastica.

Autenticidad y dolor, semilla que se siembra para que el hombre se retrate, se vea y se maldiga. Os hago entrar en Las sacas; quiero y deseo que el horror que vais a vivir con el autor, os sirva para encontrar el camino y lleguéis a la conclusión de que cuando un ser humano se aniquila, por insignificante que parezca, el Universo entero se estremece de dolor y de angustia.

Odón Betanzos Palacios,
Nueva York, 1974



- | | |
|----------------------------------|---|
| 1. Cementerio | 12. Carretera de Lardero y Soria, hacia La Barranca |
| 2. Carretera de Viana y Pamplona | 13. Hospital Provincial |
| 3. Plaza de toros | 14. Tabacalera |
| 4. Carretera de Varea y Zaragoza | 15. Juzgados |
| 5. Cuartel de Artillería | 16. Gobierno Militar |
| 6. Escuela Industrial | 17. Cuartel de Infantería |
| 7. Gobierno Civil | 18. Cuartel de la Guardia Civil |
| 8. Cuartel de Guardia de Asalto | 19. Hospital Militar |
| 9. Calle Baños | 20. Cárcel |
| 10. Círculo Logroñés | 21. Carretera de Burgos y Vitoria |

*A las víctimas de la
Guerra Civil española*

«Un pueblo que ha sido durante mil años, desde el siglo vi al xvi, el primer pueblo de Europa. Igual a Grecia por la epopeya, a Italia por el arte, a Francia por la filosofía, ese pueblo ha tenido un Leónidas con el nombre de Pelayo y un Aquiles con el nombre del Cid.

Ese pueblo ha comenzado con Viriato y concluido con Riego. Tuvo un Lepanto como los griegos tuvieron Salamina; sin él, Corneille no hubiera creado la tragedia ni Cristóbal Colón descubierto América. Es pueblo indomable del Fuero Juzgo, casi tan pertrechado como Suiza por su relieve geográfico, pues el Mulhacén es al Mont Blanch como dieciocho es a veinticuatro.

Ha tenido su asamblea de las selvas, contemporánea del Foro de Romano, mítin de los bosques en que el pueblo reinaba dos veces por mes en el novilunio y en el plenilunio. Ha tenido Cortes de León setenta y siete años antes de que los ingleses tuvieran su Parlamento en Londres. Ha tenido su juramento del Juego de Pelota en Medina del Campo, bajo Don Sancho.

Desde 1133 en las Cortes de Borja ha tenido el Tercer Estado preponderante y se ha visto en la Asamblea de esa nación a una sola ciudad como Zaragoza, enviar quince diputados desde 1307. Bajo Alfonso II ha proclamado el derecho y el deber de insurrección.

En Aragón ha instituido al hombre llamado Justicia, superior al hombre llamado rey; frente al trono ha opuesto al temible si non, non. Ha rehusado el impuesto a Carlos V. Al nacer ese pueblo ha tenido en jaque a Carlomagno y al morir, a Napoleón.

Ese pueblo ha tenido enfermedades y sufrido plagas, en resumen, no ha sido más deshonrado por los frailes que los

leones por los piojos. No ha faltado a ese pueblo más que dos cosas, saber prescindir del papa y del rey.

Por la navegación, por el comercio, por la invención aplicada al globo, por la creación de itinerarios desconocidos, por la iniciativa, por la colonización universal, ha sido una Inglaterra con el aislamiento de menos y el sol de más. Ese pueblo tiene la Alhambra como Atenas el Partenón y un Cervantes como nosotros un Voltaire.

El alma inmensa de ese pueblo ha arrojado sobre la tierra tanta luz, que para ahogarla ha sido preciso un Torquemada. El clericalismo y el absolutismo se han concertado para acabar con esa nación».

VICTOR HUGO
«A España»
(1868)

INTRODUCCIÓN

Al gran apasionamiento que en el mundo provocó la guerra civil española —18 de julio de 1936— han sucedido, como es natural con el paso del tiempo en las cosas humanas, la indiferencia y el olvido. El mejor entendimiento de los hechos relatados en estas páginas requiere unas ligeras explicaciones de lugar, contenido y marco histórico de las mismas.

La acción se desarrolla principalmente en Logroño, capital de la provincia del mismo nombre. La ciudad, de unos cincuenta mil habitantes en el año 1936, está situada en la ribera del río Ebro, que casi en las afueras de la población recibe el caudal torrencial del Iregua. Entre ambos ríos se extiende la huerta famosa por sus frutos. El Iregua, como los demás tributarios del Ebro en la región, enseña durante el estío sus entrañas de arcilla y canto rodado entre charcas rodeadas de chopos; cerca de sus márgenes están muchos pueblos a los que posteriormente se hace referencia.

Logroño es considerada como la capital de La Rioja, aunque la región así llamada penetra en las provincias vecinas con los nombres de Rioja Alavesa y Rioja Navarra. La provincia de Logroño pertenece a Castilla la Vieja; es una zona de transición entre la aridez de la meseta castellana y la vegetación verde y húmeda de las provincias vascas. La distancia de Logroño a la frontera francesa es de unos 120 kilómetros de accidentado terreno. En la parte sur está Soria, cuya línea divisoria con la provincia de Logroño son altas sierras cubiertas de bosque y nieve en invierno. Al norte y separada por el curso del Ebro está Navarra. A su vez, parte de la provincia al oeste de Logroño es también conocida como Rioja Alta, y el resto como Rioja Baja.

Jugó la Rioja Alta papel importante en el nacimiento de Castilla y por algún tiempo fue tierra de disputas con el antiguo reino de Navarra, cuya capital o corte estuvo situada en Nájera, por breve período. Los monasterios de San Millán de la Cogolla y Valvanera, Clavijo y Santo Domingo de la Calzada —nombre del santo ingeniero encargado de construir y conservar la ruta de peregrinos a Santiago de Compostela en la Edad Media— son testimonios

de su pasado histórico. En la Rioja Baja el pueblo más importante es Calahorra, sede episcopal y antigua ciudad del Imperio Romano, cuyas ruinas aún pueden verse en sus afueras. La provincia de Logroño, además de su prosperidad agrícola, tiene gran número de industrias derivadas de la agricultura y algunos talleres metalúrgicos florecientes pero de modesta escala.

El riojano es generalmente industrioso y alegre, buen bebedor y gran jurador. El matiz político de la región fue siempre liberal, con núcleos carlistas diseminados por los pueblos. La masa obrera en el año 1936 estaba dividida entre la Confederación Nacional del Trabajo —CNT— y el partido socialista, con preponderancia especial de la primera en Logroño, donde había también un pequeño sector anarquista. La guarnición militar estaba compuesta de fuerzas de artillería e infantería con sus respectivos cuarteles, y aviación cuyo campo llamado Recajo distaba unos doce kilómetros de la ciudad por la carretera de Zaragoza.

Los hechos relatados en estas memorias fueron presenciados durante mi vida de preso político; los sentimientos, inclinaciones y palabras de los individuos en ellas aludidos tienen una dirección marcada, consecuencia natural de ser esos sentimientos la causa de prisión para todos y muerte para muchos.

Pocas familias pasaron el holocausto de la guerra civil sin pagar su tributo de sangre, muchas veces a los dos bandos. Argüir sobre el número de asesinados en las dos zonas que formaban el campo de aquella guerra es vano; el significado de unos centenares o millares de víctimas en la cifra de más de un millón tiene importancia secundaria. Eliminada la consideración de cantidad, quedan las de origen, proceder y métodos, que en un análisis certero y ponderado no pueden ser desestimadas. Si las responsabilidades de origen respecto a sucesos sangrientos son disculpables por el temor de que «Ellos lo iban a hacer», cualquier asesinato individual o colectivo puede justificarse, y la pregunta “¿Quién es el agresor?” carece de sentido. Respecto a las consideraciones de proceder y métodos, es evidente que las crueldades y matanzas cometidas en la zona del gobierno legal fueron ejecutadas por personas sin frenos morales, ignorantes y resentidas de una vida mísera; su reacción por fuerza tuvo que ser salvaje y ciega. Hechos análogos ocurridos en la zona sublevada fueron ordenados por gente clasificada como de orden, educación y sentimientos religiosos, que nunca había sentido el latigazo del hambre. La característica de sus acciones fue la perversidad fría, premeditada y organizada.

La situación en Madrid al estallar la revolución, similar a la de muchas poblaciones de España, era la siguiente: un pequeño grupo de oficiales del ejército y unos dos mil guardias de Asalto fieles al gobierno republicano; el resto de las fuerzas militares y de Seguridad, bien en abierta rebelión, o en

espera del momento adecuado para unirse a los rebeldes. El fallo de los resortes de mando puso al gobierno republicano en el dilema de armar al pueblo o perecer. Esta decisión no permitía vacilaciones ni retrasos. La conjunción de las fuerzas sublevadas en el cuartel de la Montaña con las de los cantones militares que rodeaban Madrid era cuestión de horas, y su consecuencia, la muerte inmediata de la República. Una vez armadas las masas solo un mentecato o persona de mala fe podría pedir responsabilidades al gobierno legal por los desmanes cometidos por las turbas.

En el año 1935 trabajaba yo como ingeniero en una compañía de Madrid. La victoria del Frente Popular en las elecciones del siguiente año me dio oportunidad de reingresar en el Ayuntamiento de Logroño, del cual, con el cambio de gobierno a raíz de la revolución socialista de Asturias en 1934, había sido expulsado sin formación de expediente.

Un año de servicio como ingeniero municipal en Logroño me colocaba en posición ventajosa para oposiciones al mismo puesto en Madrid. Al reintegrarme en el cargo pensaba completar cinco meses que me faltaban del mencionado plazo y regresar a Madrid. Asuntos profesionales y particulares me obligaron, al tomar posesión del cargo, a viajar frecuentemente entre Logroño y Madrid. Resueltos los asuntos pendientes marché definitivamente a Logroño, ajeno a que pocos días después estaría preso y en continuo peligro de perder la vida.

Una grave infección que padecí a fines del verano de 1935 me dejó, ya casi curado, unas molestias de espalda que aún persistían cuando fui detenido en Logroño el cuarto día después de estallar la revolución: «El Movimiento», como la llamaban los fascistas.

Como las prisiones de la provincia resultaron insuficientes para tantos miles de presos, las autoridades falangistas se vieron obligadas a convertir varios edificios públicos en prisiones, las cuales se llamaban «cárceles habilitadas». El frontón-cine Avenida, donde ingresé al ser detenido, era una de ellas. A los treinta y ocho días fui trasladado a otra prisión de la misma naturaleza, la Escuela Industrial. Un segundo cambio el 5 de noviembre me llevó a la cárcel Provincial. A mediados de febrero del siguiente año, un traslado en bloque de la casi totalidad de los presos políticos allí presentes me devolvió al frontón Avenida.

La segunda estancia en la primera prisión se prolongó hasta mediados de junio, fecha en la cual, gravemente enfermo, entré en el hospital Provincial. Por más de cuatro meses permanecí en la Sala Once del hospital y finalmente, ya en estado avanzado del mal de Pott, fui confinado a Pedernales, pequeño pueblo de la provincia de Vizcaya.

La curación completa de mi lenta enfermedad tomó cerca de tres años, de los cuales pasé dieciocho meses inmóvil sobre una cama de ruedas. El confinamiento en Pedernales no significó la libertad. El expediente instruido en mi causa, igual que otros muchos, siguió su curso. La salida de España, acabada la guerra, era imposible sin sobreseer la causa.

Al comenzar la ofensiva fascista sobre Bilbao, parte del Estado Mayor italiano se trasladó a Logroño. Esta ciudad, por su posición equidistante de los dos frentes activos del norte, el de Aragón al este y el vasco al Oeste, era la mejor para los italianos, tanto para dirigir sus operaciones de guerra como para la mejor coordinación con las fuerzas navarras del general Mola.

Unos tíos de mi mujer que residían en Buenos Aires, ausentes de Logroño por mucho tiempo, eran los propietarios de la casa donde se instalaron los oficiales del alto mando italiano. Los niños de la familia y sus amigos siguieron utilizando parte del extenso jardín para sus juegos y esta coyuntura facilitó la amistad familiar con los oficiales italianos. Fue con la influencia poderosa de esta gente y del general Gustavo Gámbara en particular, que conseguí la serie de favores que culminaron en el sobreseimiento de mi causa y la libertad posterior. No creo que el General Gámbara lea nunca estas notas; sin embargo, considero natural manifestar en ellas mi agradecimiento no solo por sus hechos en mi favor sino por la elegante y discreta manera de realizarlos.

Eliminados los obstáculos pude salir de España a mediados de junio del año 1940.

En la cárcel de la Escuela Industrial empecé a tomar notas de los acontecimientos relativos a mi vida de preso político que, en los sucesivos traslados de prisión, temeroso de los minuciosos registros de entrada y salida en las diversas cárceles, destruí. La tranquilidad y un inmenso número de horas disponibles durante mi enfermedad en Pedernales, hicieron posible la reconstrucción de los escritos cuyos detalles aún estaban frescos en mi memoria.

Días antes de salir de España, con la documentación en regla y los pasajes de barco en mi bolsillo, el mismo temor a los registros y sus consecuencias, me forzó a dejar el montón de cuartillas con un íntimo amigo. Cuando todo este material llega de nuevo a mis manos unos años después, comencé a escribir este libro.

Nada se ha alterado en la veracidad de los acontecimientos relatados, pero algunos cambios de nombres han sido necesarios por diversas razones.

Finalmente, el autor considera conveniente terminar la introducción explicando el considerable retraso en la publicación de este libro.

El manuscrito original quedó terminado pocos años después de acabar la guerra civil española de 1936. El temor, más o menos justificado, de que la publicación pudiera originar obstáculos o inconvenientes para las visitas anuales del autor a su anciana madre en España, impidió iniciar los pasos necesarios para su publicación.

No fue hasta hace seis años, —después del fallecimiento de la madre del autor, a los 95 años de edad— cuando comenzaron las gestiones que condujeron a la publicación en inglés de este libro.

La versión en inglés fue objeto de varias omisiones por la casa editorial, y esta publicación en español es la reproducción exacta y completa del manuscrito original.



PATRICIO P. ESCOBAL,
Nueva York, 1974

PARTE I

PRISIÓN DEL FRONTÓN AVENIDA



En el canto XVIII del Infierno, Dante describe el deforme y horrible espectáculo del noveno círculo, en donde son castigados los que siembran disturbios civiles y discordias religiosas en la familia humana: esos pecadores tienen mutilados espantosamente sus miembros, los cuales, tan pronto vuelven a unirse y componerse son rotos otra vez por un demonio encargado de hacerles sufrir esa feroz alternativa.

COMIENZO DE LA SUBLEVACIÓN Y ARRESTO

Madrid, mediados de julio de 1936; pequeño café en la calle de Alcalá frente al Retiro; era ya noche cerrada cuando sentado frente a un velador esperaba el coche de mi cuñado para regresar a Logroño. La cálida noche madrileña estaba llena de rumores extraños. El ejército de África se había sublevado, esperándose de un momento a otro la revuelta militar en la Península. El gobierno republicano, confiado e ignorante de la próxima intervención extranjera, esperaba el desarrollo de los sucesos.

Hacia las once de la noche, cuando llegaron los compañeros de viaje, abandonamos Madrid tomando la carretera de Francia. Dos veces las patrullas de la Guardia Civil pararon el coche entre Buitrago y Aranda de Duero. Después de una rápida y tardía cena en Burgos llegamos al amanecer a las afueras de Logroño. En la caseta de peones camineros próxima al paso a nivel, nuevamente fue detenido el coche por una pareja de la Guardia Civil. Una comunicación telefónica con el secretario del gobernador facilitó nuestra entrada en Logroño.

Serían las siete de la mañana cuando me acosté, descansando con profundo sueño hasta casi las tres; dos horas después estaba en la calle. La población presentaba un aspecto anormal; rumores de sublevación en los cuarteles, guardias de Asalto con sus carabinas al hombro, mítines sindicales y un estado de nerviosismo general. Hacia las ocho de la noche la aglomeración en el paseo de Portales era tan densa que parecía víspera de San Mateo, la gran festividad de la población. La guarnición de los cuarteles de infantería y artillería paseaba mezclada con la población civil. Los dirigentes políticos republicanos creían imposible un alzamiento militar, razonando que de haber intenciones de revolución entre los oficiales del ejército era lógico suponer a las tropas acuarteladas y no con permiso en el paseo público. Información más completa y un poco de audacia hubiera hecho posible, con la ayuda de las fuerzas de Asalto, la policía urbana, la Guardia Civil, y los elementos de los partidos de izquierda, acordonar los cuarteles para impedir el regreso de las tropas a los mismos.

Nada se hizo y la noche pasó en una serie de mensajes secretos de cuartel a cuartel. Poco antes del amanecer el acuerdo entre los oficiales de in-

fantería y artillería era completo, sin que sucediera lo mismo en aviación. White, el jefe del aeródromo de Recajo, se resistió hasta el último momento, cediendo finalmente ante la presión de una parte de los oficiales de aviación y el ultimátum de los cuarteles.

A las siete de la mañana las tropas con sus mandos se echaron a la calle tomando rápidamente posesión de las comunicaciones, transportes y edificios públicos, al mismo tiempo que encarcelaron a las autoridades legales. No hubo resistencia armada; las fuerzas de Seguridad, Asalto, Policía y Guardia Civil, presionadas por sus respectivos jefes, se encuadraron instantáneamente en la sublevación. No obstante la falta de lucha hubo varios asesinatos y entre ellos el de un muchacho del servicio municipal de limpieza llamado Arejula, al que yo conocía.

Mucha gente reaccionó contra aquellos asesinatos que encontraban injustificables. Durante el resto del día los sublevados establecieron un sólido contacto con los requetés navarros, empezaron a encarcelar gente de la población por centenares, se incautaron de toda clase de vehículos y desvalijaron varias casas de personas significadas en las izquierdas. Una de estas fue la de Jesús del Río, diputado por la provincia y afortunadamente para él ausente en Madrid. Los veinte falangistas presos en la cárcel Provincial fueron puestos en libertad junto con algunos de los presos comunes, los más desalmados, comprometidos previamente a cooperar en la revolución.

Las minúsculas fuerzas de Falange, menos de un par de centenares en toda la provincia, con sus camisetas azules y cantos extraños empezaron su labor de propaganda, alborotando en sus desfiles por los sitios céntricos.

El siguiente día por la mañana los empleados municipales fuimos convocados en el Ayuntamiento. En el gran salón de actos del edificio, el capitán Conde, rodeado de varios oficiales, nos dirigió la palabra a unos cuantos centenares de empleados.

La sublevación llamada «el Movimiento» no tenía otro objeto que derribar el Gobierno de Madrid, era «un alzamiento republicano», que buscaba el orden, el bienestar, y la grandeza de España. Nadie que cumpliera con su deber tenía que temer nada. La colaboración de todos los empleados de servicios públicos era necesaria por unos días, quizás horas, hasta que el nuevo gobierno tomara posesión del poder para salvar a España de la anarquía, el caos y el comunismo.

Al terminar el breve acto se disolvió la reunión. Solo una pequeña parte de los empleados municipales tomó en serio la arenga, aunque muchos creyeron en la buena fe de las palabras del capitán. Los asesinatos eran el triste e inevitable acompañamiento de una sublevación y desde luego los últimos.

Las tropas desfilaban por las calles a los acordes del himno de Riego —el himno republicano— y así continuaron desfilando por casi dos semanas, pasadas las cuales el himno republicano quedó convertido en canto subversivo castigado con pena capital. Cerca de un mes había pasado desde el comienzo de la revolución fascista y aún seguían camuflándose con la ideología republicana, como lo demuestra la arenga del general fascista Yagüe a los legionarios de la decimosexta compañía del Tercio en la toma de Badajoz el 14 de agosto de 1936:

Legionarios, merecéis el triunfo, porque frente a los que solo saben odiar, vosotros sabéis amar, cantar y reír. Allá lejos está Madrid y allí llegaremos todos porque para guiar nuestros pasos en la lucha, resucitarán los que aquí cayeron luchando por España. Legionarios de la decimosexta compañía: ¡Qué pocos habéis quedado y qué orgulloso me siento de vosotros! Gritad conmigo: ¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva el Ejército!

Aquella noche los asesinatos, incluyendo aquellos conocidos de los pueblos cercanos, pasaron del centenar. A la mañana siguiente el terror era dueño absoluto de Logroño y su provincia. Todo sentimiento de nobleza y generosidad quedó anulado, produciéndose una descomposición moral próxima al encanallamiento. Los periódicos locales aparecieron con mapas de España cubiertos con flechas que marcaban el avance de la sublevación. Estas flechas arrancaban de las provincias totalmente dominadas por los revolucionarios y entraban tan adentro en las limítrofes, que daban la impresión de dominar casi todo el país. La realidad era que menos de una quinta parte del territorio nacional estaba en poder de los fascistas. Junto con los mapas había noticias de tipo sensacionalista: las tropas de África habían cruzado el estrecho de Gibraltar. El gobierno republicano estaba en crisis. La lucha en las calles de Madrid y Barcelona duraría unas horas hasta hacerse los sublevados dueños de estas dos grandes ciudades.

El partido político de Falange, del grupo minúsculo de unas docenas en toda la provincia, pasó a centenares en pocos días y a miles una semana después, siguiendo así una progresión geométrica de crecimiento paralela con los asesinatos. También empezaron a encarcelar a todas las personas que trataban de ocultarse, razón al parecer suficiente para no intentarlo. Recorrí la población observando la exuberante alegría de una pequeña parte de los habitantes. Vi pasar los puentes sobre el río Ebro a grandes contingentes de voluntarios carlistas previamente entrenados y preparados para una movilización instantánea. Los navarros, muchos sin armas, eran equipados en el cuartel de Artillería e incorporados a las columnas enviadas hacia los frentes. Ignoraba que mi actitud se tomaba como un gesto de desafío.

ÍNDICE

Nota a la primera edición, 7

Introducción, 13

PARTE I

Prisión del frontón Avenida, 19

PARTE II

Incomunicación y cárcel de la Escuela Industrial, 81

PARTE III

Cárcel Provincial y traslado a la primera prisión, 146

PARTE IV

Hospital Provincial, confinamiento en Pedernales y salida de España, 237

ESTUDIOS

Guerra Civil y represión: memorias de «intratumba», 323

M.^a Teresa González de Garay

Perico, el Faquir, trabajador del fútbol y capitán del Real Madrid, 341

Pío García

Las sacas y sus protagonistas, 347

Jesús Vicente Aguirre